

EL DETERMINISMO Y EL LIBRE
ALBEDRÍ O REVISITADOS.
UNA INCURSIÓN A UN VIEJO TEMA
DE LA MANO DE MATURANA Y
VARELA

Autor:

Albarracín Dalma

EL DETERMINISMO Y EL LIBRE ALBEDRÍO REVISITADOS. UNA INCURSIÓN A UN VIEJO TEMA DE LA MANO DE MATURANA Y VARELA.

Dalma Albarracín

1) Introducción:

El problema de si existen leyes de la sociedad es un viejo tópico de los debates epistemológicos sobre las ciencias sociales, y tiende en la actualidad a ser zanjado por la negativa. Muchos han considerado que en este aspecto se hallaba la piedra de toque para decidir acerca de la cientificidad de los estudios sobre la sociedad y la cultura. El punto de vista conocido como “naturalismo”, partiendo de un modelo de ciencia forjado a la luz de las disciplinas que estudian la naturaleza, y particularmente de la física, no ha declinado, no obstante, su aspiración a constituir el territorio de los estudios sociales sobre aquellos parámetros, aunque el modo de producción y validación del conocimiento en el terreno aparentemente más seguro de las “ciencias duras” siga, a su vez, sujeto a polémicas.

Ha sido frecuente presentar al “libre albedrío” de los seres humanos como el obstáculo que se interpondría a la existencia de leyes sobre el comportamiento humano en sociedad. Trataremos de mostrar que no es esa libertad, sin embargo, la que invalida el intento de producir enunciados legaliformes en el campo de las disciplinas que estudian la vida social, y que el problema aún subsistiría si admitiéramos un tipo de determinismo en el obrar humano como el que postulan Maturana y Varela. Lo que el naturalismo, particularmente cuando prescribe un modelo nomológico-deductivo o hipotético-deductivo presupone, en un nivel ontológico, como condición de posibilidad de su aplicación, no es sólo la regularidad del curso de la naturaleza¹, sino la operación de una cantidad limitada de factores causales que fundan la posibilidad de la predicción. Las tendencias que tienden a predominar en la teoría sociológica contemporánea proporcionan un panorama de la praxis social fuertemente reñido con este último supuesto.

Dado que la polémica entre naturalistas y defensores de la especificidad de los métodos en las ciencias sociales tiene una larga historia, lejos estamos acá de pretender una síntesis de los argumentos esgrimidos. Tan sólo proponemos un recorrido distinto, intentando mostrar que el determinismo, concepto que tiende a ser considerado como patrimonio del naturalismo, si se aplica consecuentemente y de modo pertinente a su objeto, resulta más compatible con la descripción de la dinámica social proporcionada por filósofos y científicos sociales que se han opuesto a la importación de métodos desde las ciencias naturales, que con la de sus más conspicuos defensores. Esperamos, en fin, que el desarrollo de este artículo pueda persuadir de que tal afirmación contiene sólo en apariencia una paradoja.

2) Otra visión del “determinismo” de la mano de Maturana y Varela.²

Humberto Maturana y Francisco Varela son dos biólogos de nacionalidad chilena cuya perspectiva ha enriquecido en los últimos años el debate epistemológico en algunas cuestiones medulares que conciernen al conocimiento humano; ¿de qué tipo de “objetividad” somos capaces los seres humanos?; ¿qué tipo de relación hay que postular entre el dominio fisiológico y el de las interacciones con el medio, y muy particularmente con el comportamiento social en el caso de los seres humanos?; ¿qué status habría que asignarle a la “mente”, o mejor, cómo

¹ El recurso a esos supuestos metafísicos en este punto ha sido reconocido por Karl Popper, 1982: 235.

² Aunque Varela no aparece citado, y esta exposición se basa fundamentalmente en trabajos de Maturana, algunos de los conceptos claves fueron elaborados por ambos autores, como surge de publicaciones anteriores.

habría que replantear esta cuestión? Tales son algunos de los muchos problemas a los que han hecho una contribución significativa.

En este corto espacio no podemos hacer una presentación de su estimulante y original punto de vista. Sólo traeremos a colación algunos aspectos de sus concepciones que conciernen directamente a la cuestión aquí tratada.

Para Maturana, los sistemas vivientes son sistemas moleculares autopoéticos³ que existen siempre en acoplamiento estructural con el medio. De no existir tal acoplamiento estructural, tal congruencia con el medio, el sistema viviente se desintegraría como tal. El medio, por otra parte, no puede gatillar en el ser vivo cambios para los que éste no esté estructuralmente preparado. *Cada sistema viviente está determinado, en cada instante, por su estructura en ese instante*, y como su estructura en ese instante viene definida por su ontogenia⁴, eso quiere decir que los cambios gatillados en su estructura por los encuentros anteriores con el medio, se hacen presentes en los posteriores. Por otra parte, visto muy esquemáticamente, puede decirse que este medio es fuente de contingencias, y aunque así el modo de procesamiento de los elementos contingentes del medio esté predeterminado por la estructura en ese instante del sistema viviente, no sucede lo mismo con las circunstancias que éste encuentra..

Obtenemos así una visión peculiar del determinismo, que no nos retrotrae al tipo de determinación postulada por la ciencia clásica, simbolizada por el diablillo de Laplace. El sueño era entonces, inspirado por los principios de la física clásica que presentaban las transformaciones de lo real en términos de procesos idealmente reversibles, que a partir del conocimiento de unas condiciones iniciales, pasado y futuro pudieran ser igualmente leídos. El conocimiento de cualquier estado del sistema, junto con la ley (del movimiento) que regía su evolución, conducía a la onmisciencia. En esta visión, no sólo todo estaba determinado sino que era susceptible de ser avizorado por una mente superior, con el recurso a unas pocas leyes. Y la fantasía era que aquellos procesos que aparecían como más renuentes a la determinación, como los de la vida, pudieran ser finalmente subsumidos en aquellas leyes, reducidos a ese conjunto de leyes simples⁵.

Obsérvese que en la lectura de Maturana y Varela, la “determinación a cada instante” de un ser vivo por su estructura, es incompatible con la idea de que, por decirlo de un modo abreviado, “todo estaba escrito desde el principio”. El encuentro con el medio deja su traza en los seres vivos (considerados ya como linaje, ya como individuos), y aunque el cambio gatillado por el medio viene definido por la estructura del sistema viviente en ese instante, lo que no estaba predeterminado era ese encuentro, ni los encuentros anteriores que originaron su estructura actual. Determinación y contingencia están así en una dinámica permanente.⁶

³ La autopoiesis alude a que los sistemas vivientes están organizados como redes cerradas de interacciones moleculares que producen las mismas clases de moléculas que los produjeron, y especifican dinámicamente a cada instante la extensión y las fronteras de la red. (Maturana, Mpodozis y Letelier, 1995)

⁴ Visto desde la perspectiva de un observador, ya que “la historia no es parte de la dinámica de estados de un sistema viviente, porque este último tiene lugar sólo en el presente, instante tras instante, en la operación de su estructura en cambios que suceden fuera del tiempo. Historia, tiempo, futuro y pasado existen en el lenguaje como formas de explicación del suceder del vivir del observador, y forman parte del involucramiento del lenguaje en este suceder del vivir” (Maturana, 1988 , traducción nuestra)

⁵ Prigoyine y Stengers, 1997.

⁶ “... nada es determinado en la estructura inicial o constitución genética de un sistema viviente, porque para que cualquier cosa suceda en un sistema viviente, el sistema viviente debe pasar por una deriva estructural ontogénica efectiva como una transformación estructural epigénética efectiva que tiene lugar en una historia efectiva de interacciones en la realización de su dominio de existencia” (Maturana, 1988, trad. nuestra). Puede verse también Maturana, 1997: 70-71) ..

En el caso de los seres humanos, las interacciones con el medio social adquieren una relevancia superlativa. Interacciones sociales caracterizadas, entre otras cosas, por la cooperación y el amor en los vínculos familiares, habrían conducido al surgimiento del lenguaje, en tanto que “coordinaciones consensuales de coordinaciones consensuales de acciones”. Es el lenguaje el que ha desencadenado, a través de recursiones, la posibilidad de la autoconciencia como operación en el seno de ese sistema de distinciones en el que aquél consiste. De donde resulta que el lenguaje es un fenómeno primariamente social, y no biológico, que aún cuando trae aparejado cambios estructurales en el sistema nervioso en congruencia con el modo humano de vivir en el lenguaje⁷, no es susceptible de ser reducido a referentes neurofisiológicos. Así, a la vieja pregunta acerca del estatuto de la mente. que tan divergentes respuestas produjo desde que Descartes distinguiera el “ego cogitans” de la “res extensa”, los autores responden negando que haya que buscar un correlato físico directo de nuestros pensamientos, nuestras voliciones, nuestras creencias, en fin, de todo aquello que con Descartes fue cobijado en la mente.. El sistema nervioso actúa, según los autores, como una red neuronal cerrada: en ella no pueden habitar “representaciones”. Pensamientos, lenguaje, etc., deben ser entendidos como perteneciendo al nivel de los comportamientos del organismo (como un todo), y por lo tanto han de ser comprendidos en relación a las características peculiares de las sociedades humanas. Nuestro sistema nervioso habilita el uso del lenguaje, pero no es condición suficiente para producirlo, por lo que el comportamiento lingüístico no está determinado por ninguna característica peculiar de aquél⁸; y no es posible reducir nuestro pensamiento a equivalentes en el nivel de un sistema nervioso que opera con su propia dinámica estructural. Existe sí modulación *mutua* entre sistema nervioso y comportamientos del organismo (incluido aquí muy especialmente el lenguaje y la posibilidad de monologar en silencio y soledad); lo cual significa que “ningún pensamiento, deseo o reflexión es nunca trivial o sin consecuencias en el flujo de cambios del cerebro lenguajeante humano”.⁹

Ahora podemos redondear las conclusiones para nuestro trabajo de esta breve incursión por un territorio de tanto interés, pero que muchos creerán ajeno a las inquietudes de las ciencias sociales. Tenemos aquí una visión del ser humano como determinado a cada instante por su estructura en ese instante, una visión en la que cada mínimo acontecimiento deja su huella. No obstante, el decurso de su vida está abierto a la contingencia: y aunque el modo de procesamiento de esa contingencia esté predeterminado, no lo está el continuo entrecruzamiento azaroso con el entorno. Es por ello que esta visión, lejos de conducir a una visión resignada sobre el ser humano, ha redoblado su apuesta en el terreno de la psicología.

3) “Capacidad” de los agentes sociales y reproducción de la sociedad. Una mirada sobre la .complejidad causal que enfrenta la teoría social.

Al colocar así Maturana y Varela a las características de las sociedades humanas como pre-requisito de un lenguaje para cuya emergencia la plasticidad de nuestro sistema nervioso es condición necesaria pero no suficiente, vienen a coincidir con los especialistas en ciencias sociales en una cuestión sobre la que hay escaso disenso: expresado en la terminología de estas últimas disciplinas, no puede haber subjetividad (autoconciencia, identidad, etc) anterior a la incorporación de un miembro de la especie humana al universo simbólico que le proporciona la sociedad. Ese universo simbólico procura una (siempre relativa) estabilidad de

⁷ Algunos de esos cambios se conservan en el linaje, pero en particular “cada uno de nosotros tiene un cerebro “lenguajeante” y hablante que llegó a ser tal a lo largo de nuestra historia de vida particular como seres humanos” (Maturana, Mpodozis y Letelier, 1995)

⁸ Es desde esa perspectiva que se explica, afirman los autores, que la famosa gorila “Koko” haya podido aprender un lenguaje de señas (Su cerebro la habilitaba para operar en la consensualidad y el apego emocional en la infancia, por lo que al vivir en un dominio relacional humano se abrió a la posibilidad del lenguaje, sin que nada hubiera cambiado en su cerebro) (Ibídem)

⁹ Ibídem

los significados que son vividos por los individuos como objetivos y motivaciones de sus acciones (las cuales empero tienen lugar en gran medida en el contexto de circunstancias limitantes sobre las cuales pueden y suelen carecer de control). La institucionalización que se da en el contexto de las sociedades humanas, el intento siempre renovado (pero en última instancia siempre destinado al fracaso) de cristalizar un universo de significados, los fenómenos de rutinización, habituación, etc, son responsables de la apariencia de recursividad de la vida social.

Si se admite que los sistemas sociales tienen propiedades emergentes, no reducibles a la suma de subjetividades que no podrían ser anteriores a ellos (cuestión ésta compartida por la mayoría de los científicos sociales con algunas notables excepciones¹⁰), y que existe una dialéctica por la cual las subjetividades y la sociedad se constituyen mutuamente a cada instante, inmediatamente queda eliminada la posibilidad de una visión reduccionista que persiga el establecimiento de una cadena causal en términos que remonten a una serie de sucesos considerados como “primarios” Pero si la sociedad no es reducible a los seres humanos individuales que la componen, tampoco éstos son reducibles, en tanto que seres bio-psico-sociales con una génesis irremediamente singular, a propiedades del sistema social en cuestión.

Pese a la situación multiparadigmática de las ciencias sociales, hay una tendencia en la teoría social contemporánea, a partir de la admisión de esa mutua constitución de las subjetividades y los sistemas sociales, a intentar superar las perspectivas que presupongan metodológicamente el olvido de esa relación¹¹. Así, si por un lado el individualismo metodológico postula como suelo básico, que obraría como principio de la acción, a los individuos (tratados incluso a veces como seres pre-sociales)¹², para otros es en las propiedades estructurales de sistemas que se imponen sin resistencia a individuos infinitamente moldeables, a dónde hay que ir a buscar las causas de la permanencia y el cambio en las sociedades (funcionalismo, algunas modalidades del estructuralismo, etc.)

La crítica contemporánea de estas visiones polares ha conducido a desreificar los elementos estructurales que estas últimas tradiciones hipostasiaron colocándolos fuera de la sociedad.¹³ Si existe tal estructura, es porque es realizada en las prácticas recurrentes de los actores sociales, y mantenida por las huellas en su memoria¹⁴. Pero no se “impone” a los agentes, del mismo modo que una fuerza que operara sobre ellos, porque siempre está mediada por las interpretaciones que éstos efectúan, aunque el espectro de posibilidades que aparece *en principio* como abierto a ellos, puede ser muy acotado. La analogía traída de la física que traduce los influjos sociales en fuerzas, que es característica de la sociología de cuño estructuralista, no resiste el análisis. Aunque dentro de un espectro de opciones limitado, e históricamente variable, los agentes sociales poseen capacidad de innovación, de producir desplazamientos en los significados cristalizados¹⁵, de pasar en suma, de la reproducción social a la producción. Ambos fenómenos son en verdad simultáneos y se operan constantemente.

¹⁰ Como las distintas variantes del individualismo metodológico y las teorías del *rational choice*.

¹¹ Por ejemplo, Archer, 1997, Giddens, 1995, Crespi, 1997.

¹² Weber ha sido muchas veces incluido en esa vertiente, por sus declaraciones atinentes a que las formaciones sociales son entrecruzamientos de acciones específicas de personas individuales, y sólo éstas pueden ser sujeto de una acción orientada por su sentido (Weber, 1964: 12), pero sin duda no trató a los individuos como seres presociales, y no nos parece que lo sustantivo de su aporte quede bien expresado en los términos del individualismo metodológico.

¹³ La definición de Durkheim de los “hechos sociales” como exteriores al individuo e imponiéndose sobre ellos, tuvo consecuencias de peso en los análisis ulteriores. En su –a nuestro juicio- justificado intento de evitar la reducción de lo social a lo psíquico, y en su esfuerzo de fundar la autonomía de la sociología a imagen de las ciencias naturales, incurrió en un equívoco que tuvo profunda influencia.

¹⁴ Giddens, 1995.

¹⁵ Crespi, 1997. Para el autor el intento de absolutizar los significados se relaciona con la búsqueda de una reducción de la complejidad, pero nunca es loggable porque el sentido pre-reflexivo de la acción nunca se

Naturalmente, cuando hablamos aquí de la sociedad vis-a-vis agentes sociales, estamos simplificando excesivamente. Las acciones sociales son siempre acciones situadas en contextos específicos. En las “totalidades societales”, que comparten la existencia de un conglomerado de instituciones cuyo alcance espacio-temporal define aproximadamente las fronteras del sistema, conviven, particularmente en la actualidad, una pluralidad de mundos culturales de referencia, según los grupos de pertenencia y clases sociales, así como las tradiciones presentes en ellos. Todos ellos están en la actualidad en intersección con sistemas intersocietarios, de modo inmediato o mediatizado. La mutua constitución de la sociedad y de las subjetividades se realiza en esos contextos situados, sometidos a distintas restricciones y “habilitaciones”. La pluralidad de mundos culturales de referencia deja sus huellas en los procesos de socialización que tienen lugar en su interior, y, por ende, en la constitución de las subjetividades; la diversidad de trayectorias aún en el interior de estos grupos se ha de reflejar no obstante en resultados siempre singulares. Nunca hay una perfecta coincidencia entre los sujetos sociales y el ordenamiento simbólico-normativo del sistema social. Sin embargo, esta apertura a la diversidad de marcos de sentido no es en principio incompatible con la idea de su contribución a la reproducción de las instituciones vigentes. El funcionalismo ha tendido, o a olvidar esa diferencia entre sujetos y orden simbólico-normativo, postulando un consenso valorativo, o a creer que ciertas diferencias son funcionales para la reproducción del sistema como un todo; el estructuralismo marxista hizo otro tanto para mostrar cómo por esta vía se reproducían las desigualdades del sistema capitalista. Las precisas constricciones estructurales que obran en ese sentido no pueden ser subestimadas, aunque postular que las características diferenciales de los actores sociales pueden ser reducidas a una “necesidad” del sistema es insostenible. Además, dado que la reproducción y la producción sociales son posibles a través de las prácticas recurrentes de actores sociales situados, no se puede dar cuenta del cambio social a partir de aquellos paradigmas, cuando se toma como dada una estructura social vigente, sin preguntarse cómo es posible que en este marco tenga lugar la reelaboración intersubjetiva de marcos de sentido, que operen un (mayor) distanciamiento respecto de las reglas codificadas.. Encontrar el “hiato” por el que esta reelaboración se hace posible ha sido desde siempre la empresa de quienes quisieron explicar el cambio, o de quienes apostaron por él. Esa reelaboración suele estar facilitada por condiciones acerca de las cuales los agentes suelen carecer de control. La sociología empírica persigue, aunque con enormes dificultades para estandarizar sus resultados, configuraciones históricas en las que un conjunto de factores parece favorecer o inhibir la expansión de la “autonomía” de los grupos para elaborar, e imponer, reglas alternativas. Por otra parte la reelaboración no tiene por que darse en el nivel de la conciencia reflexiva, (como reelaboración de significados que los individuos podrían verbalizar), sino que puede darse a nivel de la conciencia práctica, en las reglas implícitas que regulan sus acciones. Agreguemos que, aunque la toma en consideración de los marcos de sentido involucra a las interpretaciones de los agentes como causa de su obrar, en la medida en que éstos actúan bajo condiciones que no controlan (incluyendo aquí las “constricciones” específicamente sociales, más las restricciones que provienen de influjos causales del cuerpo y del mundo material), aún las acciones más típicamente intencionadas pueden dar lugar a consecuencias no deseadas. De donde se desprende que acciones emprendidas en clara divergencia con pautas institucionales del sistema social, pueden contribuir a reforzarlas, y viceversa. La constitución de la sociedad por los sujetos, es decir, el proceso por el cual éstos reproducen, o dejan de reproducir, en sus prácticas, los rasgos estructurales de la sociedad, está así abierta, irremediamente, a causalidades múltiples; mientras que la constitución de los sujetos por la sociedad, produciéndose en contextos específicos, en el interior de marcos de sentido siempre

agota en los significados. Ese sentido pre-reflexivo remite a la exigencia nunca satisfecha de una plenitud, como resultado en el ser humano de la ruptura de la plena e inmediata coincidencia entre vida y sentido que se da en otras especies, y contiene por lo tanto una remisión a lo inconsciente. La tensión entre significados cristalizados y esa búsqueda sin fin sería clave para comprender el cambio.

diferenciados y en el contexto de trayectorias únicas (bio-psico-sociales) no puede sino dar lugar a diferencias.¹⁶

Si nos hemos permitido hacer una presentación tal rauda y apretada de algunas de las complejidades que atraviesan a la dinámica de los sistemas sociales, y que dibujan una suerte de elemental ontología de lo social, ha sido para mostrar que aún este cuadro simplificado no sólo pone en escena el pluralismo de las “causas” que pudieran buscarse para cualquier fenómeno complejo, sino un cuadro de acciones y retroacciones recursivas en el que ningún “suelo” de datos primigenios puede ser establecido remontándose a un origen. Por lo demás, las “causalidades” implicadas no podrían ser nunca lineales, en el sentido de que una modificación de cierta magnitud en las “condiciones iniciales” produjera un cambio de magnitud proporcional en sus efectos.

Volveremos sobre esta cuestión en el apartado 5, en el que tendremos la posibilidad de retomar la complejidad causal de la que se ocupan las ciencias sociales en relación a las pretensiones del naturalismo, y, en particular, de la preceptiva metodológica hipotético-deductiva. En el siguiente apartado nos proponemos examinar si esta visión de la mutua constitución de la sociedad por los sujetos, y de éstos por la sociedad, es incompatible con el tipo de determinismo estructural que han postulado Maturana y Varela.

4). Determinismo y libre albedrío en la acción social.

En cierto sentido, todos los intentos contemporáneos de reunir en teoría social los hilos de agencia y estructura constituyen una rebelión contra los determinismos. ¿Pero de qué determinismos se trata? En rigor, se trata de una discusión contra los determinismos *de un solo signo* que tienden a postular una suerte de suelo primario respecto del cual todo lo demás puede ser deducido. Por ejemplo, cuando Giddens procura una reconciliación de los puntos de vista sociológicos que tienen muy especialmente en cuenta que los individuos actúan en condiciones que no controlan, así como que las acciones tienen efectos no deseados, por una parte, con la perspectiva interpretativista de las ciencias sociales que postula la importancia de la elaboración y reelaboración por parte de los agentes de marcos de sentido, por la otra, (conciliación que sólo es posible reconstituyendo esos enfoques), está pidiendo que atendamos a diferentes eficacias causales y que veamos cómo interactúan: los “influjos estructurales” no pueden actuar mecánicamente sobre los agentes sociales, sólo pueden hacerlo por la mediación de “marcos de sentido”; éstos a su vez pueden tener eficacia como orientadores de la acción (es decir, ser causas), pero en muchas ocasiones pueden conducir a consecuencias no deseadas, es decir, paradójicas respecto de los propósitos de los agentes. Desde una perspectiva epistemológica, ésta es una invitación a un pluralismo causal que atienda a la complejidad de su objeto.

Desde este punto de vista, es una rebelión contra los determinismos de un solo signo en la elucidación de los mecanismos de reproducción de una sociedad. Así, cuando Giddens habla de “capacidad” de los agentes, en el sentido de que “podrían obrar de otra manera”, no está *demonstrando* (y tal vez no pretende hacerlo) que podrían actuar de manera *diferente al curso real de la acción*, en el instante preciso en el que ésta tiene lugar, sino que podrían no operar conforme *al set de reglas y recursos codificados por el sistema social*.

Para efectuar esta afirmación, no es necesario postular un libre albedrío, y Giddens sólo acude marginalmente a la idea de libertad de acción, y no sin cierta toma de distancia, al afirmar que “las propiedades estructurales de sistemas sociales...son como las paredes de una

¹⁶ Este párrafo se funda en una serie de categorías y enfoques de Giddens, sin ceñirse, no obstante estrictamente a su pensamiento.

habitación de la que un individuo no puede escapar, pero en cuyo interior se mueve a su albedrío.¹⁷

En rigor, la afirmación de un libre albedrío, muy cara a los seres humanos en la modernidad, por cierto, es indemostrable empíricamente (tanto como su opuesta), y sólo puede basarse: a) por un lado, en la forma en la que los seres humanos nos autoaprehendemos fenomenológicamente como seres pensantes; y b) en la comprobación de que un “mismo” individuo puede actuar bajo circunstancias “iguales” de diferente manera, y por supuesto, de que dos individuos también pueden comportarse en esa hipótesis diferentemente.

Las comillas que empleamos en el párrafo precedente para hablar de un “mismo” individuo actuando en circunstancias “iguales”, constituye empero una toma de distancia respecto de la supuesta obviedad de la frase ¿Hace falta decir que el elemento de continuidad dado por un mismo cuerpo que envejece y una identidad permanentemente retejada sobre las huellas de la memoria y en interacción con los otros, no habilita a decir que el individuo sea idéntico en dos momentos diferentes? ¿Hace falta decir que dos circunstancias no son nunca iguales?

De ahí que opinemos que no es necesario asumir que a cada instante obra una capacidad de elegir para dar cuenta de las innumerables evidencias que nos confrontan a que una persona puede actuar diferentemente en dos instancias distintas

Si dejáramos de lado los determinismos de un solo factor, y retomáramos el concepto de determinación estructural a cada instante, de Maturana y Varela, veríamos que en el nivel de esas constataciones empíricas el resultado de ambas asunciones contrapuestas es absolutamente compatible. En un caso, se supone que se ve al individuo comportarse diferentemente en función de su libertad de opción (aunque ésta esté alimentada prevalentemente de su capacidad de interpretar, de sus saberes sociales, etc); en el otro se ve al individuo llevado, en función de toda su ontogenia y su confrontación con las nuevas circunstancias, a realizar una opción, y no otra. (aún cuando pueda autoaprehenderse como estando realizando una opción). En esta segunda alternativa, en la medida en que su estructura ha acusado impacto de los cambios gatillados por circunstancias anteriores, no es de extrañar que actúe diferentemente. El determinismo de estos autores conduce necesariamente a pensar a cada ser humano como resultado de su ontogenia, y, como tal, irrepetible y singular. Pero singularidad no es lo mismo que libre albedrío.

Si la controversia no parece sencilla de definir empíricamente, habría que explicar por qué parece existir una proclividad mucho mayor a aceptar el punto de vista de la libertad. Sin duda, ésta es mucho más compatible con la noción de inmediatez de la conciencia, con nuestra autoaprehensión fenomenológica como seres reflexivos. El punto de vista de Maturana y Varela, obsérvese, no niega esta dimensión, sino que la considera a su vez como determinada a cada instante. De su punto de vista pueden fácilmente deducirse dos asertos, el uno próximo al sentido común, el otro sumamente distante. El primero sería: dos individuos sólo serían idénticos si además de serlo genéticamente tuvieran idéntica ontogenia (incluyendo aquí todas las circunstancias de su medio natural y social, hasta en sus mínimos detalles). El segundo sería: Sólo podemos hacer en este instante precisamente lo que estamos haciendo. Esta última presunción sin duda provoca una fuerte renuencia, en la medida en que asumirla conlleva una herida narcisística de magnitud.¹⁸ La forma en que por otra parte está implicada la noción de

¹⁷ Giddens, 1995: 204. El entrecomillado que ocasionalmente usa muestra una cierta toma de distancia. Allí se vé al autor articular esa idea de libertad en relación precisa a los constreñimientos estructurales de sistemas sociales.

¹⁸ Como dijo Stuart Mill, aunque luego él mismo reconciliara a la “doctrina de la necesidad” con la del libre albedrío: “La teoría metafísica del libre albedrío, como la entienden los filósofos fue inventada porque la alternativa, considerada inevitable, de atribuir a las acciones humanas un carácter de necesidad,

libertad, concebida en términos de autonomía de la voluntad, en la asignación de responsabilidades morales y jurídicas, muestra las dificultades con las que tropezaría la noción de determinismo estructural a cada instante para ser ampliamente aceptado.

La visión pues de Giddens de la capacidad de los agentes, (así como nociones aproximadamente equivalentes de otros teóricos sociales) no es incompatible con la idea de determinación a cada instante de los seres humanos, porque ésta última noción no remite a un único conjunto de factores como causas primarias de la acción (vg. propiedades estructurales de sistemas sociales), sino a la serie irremontable de las circunstancias bio-psico-sociales que lo van constituyendo y lo pueden conducir a obrar de modo diferente en el presente. Esta serie irremontable lleva el sello de la singularidad. El carácter único e irrepetible de cada ser humano, producto de su ontogenia necesariamente singular, junto con la reflexividad que nos caracteriza como especie, puede ser interpretado como “libre albedrío”, pero no *requiere* de este concepto. Y aún así *es compatible con las nociones de un sujeto activo (frente a las circunstancias siempre renovadas de su acción), con la idea de que la historia es creativa*, etc. No sólo es compatible, sino que estas perspectivas se imponen tan pronto se admite, aunque más no sea a modo de hipótesis, la noción de “determinación a cada instante” de Maturana y Varela.

Con estas reflexiones no pretendemos haber volcado la balanza a favor de una u otra posición. En tanto que sus consecuencias empíricas parecen no diferir en este punto, no parecen ser definibles por la vía de la contrastación empírica, aún cuando los argumentos esgrimidos serán en cada caso más persuasivos para unos que para otros. Sería suficiente haber logrado mostrar que este tipo de determinismo no es incompatible (al contrario) con las visiones reconocidamente “no naturalistas” de la realidad social, y ponernos en las puertas de esbozar por qué su admisión no nos colocaría en mejor camino de aprehender al mundo social por vías de un método hipotético-deductivo.

Es necesario empero insistir previamente en que, aún cuando la teoría social y los puntos de vista de Maturana y Varela sobre los seres humanos tienen una cantidad de puntos de intersección, las perspectivas en las que se colocan para la construcción de su objeto son esencialmente diferentes: los últimos focalizan a los sistemas vivientes (incluido el ser humano) en su dinámica estructural ontogénica, y tienen que postular como contingencias a todos los acontecimientos del “medio” en el que aquellos seres vivos se desenvuelven¹⁹. La teoría social, por su parte, trata a algunas de estas circunstancias como eventos con una causa individualizable, en tanto que otras, permaneciendo abiertas desde el punto de vista de su impredecibilidad, son tratadas como dadas y no rastreadas en su génesis. En los puntos de vista que ponen en juego la noción de un libre albedrío *esta noción de libertad, parece estar dando cuenta de una frontera con lo que les aparece como impredecible, a saber, el estado actual de los sujetos sociales en función de su ontogenia.* .

Esperamos haber podido mostrar que la introducción de un determinismo estructural en los seres humanos no conduce al espectáculo ordenado de los fenómenos de la sociedad que algunos naturalistas parecen tener in mente: nos lleva en cambio a una descripción en la que la singularidad y la historicidad alcanzan la mayor relevancia, mucho más parecida, en todo caso, al espectáculo de las sociedades humanas que dibujaron las tendencias no naturalistas.

pareció incompatible con la conciencia instintiva de todos los hombres, al mismo tiempo que humillante para su orgullo, y aún degradante para su naturaleza moral” (Mill, 1864, Libro VI, Cap 2.1

¹⁹ Los autores no asumen un determinismo ontológico, sino epistemológico, relativo al punto de vista del observador. Examinar más profundamente esta cuestión nos llevaría a una revisión de la polémica entre determinación y azar, que tan vastas resonancias tiene en el presente y que, por lo mismo, excede largamente los objetivos de este trabajo

5) Complejidad y modelo hipotético-deductivo.

Hace ya siglo y medio, John Stuart Mill, precursor de los métodos naturalistas en las ciencias sociales, lidió con las dificultades de interpretar los fenómenos sociales en términos de un conjunto de leyes. Como la visión naturalista de la tarea de las ciencias sociales aún no había cristalizado, su intento es aleccionador tanto por la honestidad con la que afrontó los escollos como por los atajos que tuvo que tomar para superarlos.

Uno no puede menos que sorprenderse por la terminología con la que intenta asir sus problemas. Así, se lo encuentra, por ejemplo, hablando de “las leyes de las causas” y de las “leyes de los fenómenos” o “de los efectos”. Cuando habla de leyes de las causas, parece estar refiriéndose a una relación unívoca entre una causa y un efecto, que podría ser observada si se pudiera aislar esta relación y controlar las perturbaciones de todas las demás circunstancias. Pero cuando habla de las leyes de los fenómenos, o de los efectos, hace referencia al conjunto de causalidades (en el primer sentido) que se entrecruzan en un fenómeno cualquiera, ya sea agregándose, neutralizándose, retroalimentándose, etc. Explicar un fenómeno social, pensaba Mill, implica poder identificar las causas principales y las accesorias, pero aún si pudiera ser resuelto este punto, la modalidad de su interacción no se le aparecía como menos compleja y sobre este asunto no puede decirse que pecara de ingenuidad.

¿Cómo sorteó Mill estos escollos? Básicamente de dos modos. El primero, identificando esa suerte de “suelo primario” al que hemos aludido antes, ese origen del que, al menos las “causas principales” pudieran ser inferidas. Ese suelo primario eran para Mill las leyes psicológicas, y más estrictamente, las de la “asociación de ideas”, y secundariamente las de la “formación del carácter”. En segundo lugar, los afrontó aceptando modestamente los límites de la predicción en ciencias sociales. Supuesto que las leyes de “las causas principales” pudieran ser establecidas, no cabía la esperanza de deducir de ellas el curso real de un fenómeno: había que tomar nota (empíricamente) de las “causas accesorias”, y modificar, habida cuenta de ellas, las predicciones que se “deducían” de las leyes de las “causas principales”. Esta tarea sólo podría cumplirse de manera aproximada. Aún más, algunas veces esto sería impracticable y habría que tomar un camino inverso: comenzar con la investigación empírica, y religar los resultados con las leyes.

Sabemos ahora que la empresa de establecer ese suelo primario que permita remontar los fenómenos sociales a un origen es una ilusión, dada la mutua constitución de las subjetividades por la sociedad y de ésta por las subjetividades en un proceso recursivo. De existir “leyes” (en el sentido ontológico), no parece haber motivo para pensar que deberían ser un conjunto acotado de leyes simples, algunas de las cuales fueran susceptibles de explicar lo “principal” del efecto y otras complementariamente lo “accesorio”²⁰. A lo que se agrega que, si las prácticas sociales no son reductibles a los niveles biológico o psíquico de la existencia, ni explicables por su determinación en términos de su relación con el ambiente material, la predicción de cualquier serie de acontecimientos sociales que se pretendiera sin residuos, debería atender a que la existencia del hombre también hunde sus raíces en todas esas dimensiones que para la teoría social se presentan como fronteras. Pero esto es precisamente lo que sería

²⁰ Sin contar con que de cumplirse una meta que aparece como imposible, la tarea de las ciencias sociales todavía estaría por hacer, como dijo Weber: “Suponiendo que alguna vez –ya sea mediante la psicología, ya sea de otro modo– se lograra analizar según unos “factores” últimos y sencillos todas las conexiones causales imaginables de la coexistencia humana, tanto en el pasado como en el futuro, y que se consiguiera abarcarlos de forma exhaustiva según una inmensa casuística de conceptos y de reglas de estricta validez, ¿qué significaría dicho resultado para el conocimiento del mundo cultural históricamente dado o el de algún fenómeno particular, como el del capitalismo en su desarrollo y significación cultural? Como medio de conocimiento, no significa ni más ni menos que acaso un diccionario de las combinaciones químico-orgánicas para el conocimiento biogenético del reino animal y vegetal” (Weber, 1985: 46)

requerido para la aplicación de un método hipotético-deductivo, que tiene siempre en vistas la predicción. Una pretensión que, sin embargo, no deja de ser perplejizante, pues a un médico no se le pide que prediga que pasará con un organismo sometido a condiciones cualesquiera en el futuro (en términos de Maturana, no se le pide que sea capaz de predecir su deriva estructural), y ni siquiera se le demanda a un físico que calcule a dónde irán a parar las hojas secas de un árbol sometidas al viento.

En la práctica, los científicos sociales han tendido a conformarse con dos estrategias alternativas, que a lo largo de la historia se han visto como contrapuestas, pero de las que ahora se intuye una posible complementariedad. La una ha sido poner el énfasis en las regularidades empíricas, que generalmente (pero no necesariamente) se sitúan en el nivel institucional de análisis, o sea, a nivel de las variables macrosociales relacionadas con las propiedades estructurales de los sistemas. La otra ha sido la ardua tarea de construir tipos ideales susceptibles de describir de manera estilizada ciertas configuraciones de sentido “típicas”, que en su pureza conceptual no pretenden ser hipótesis, sino herramientas para su construcción al confrontar una individualidad histórica específica. En este caso, el sentido último de la investigación pasa con frecuencia a ser lo que ahora denominaríamos una reconstrucción de los “marcos de sentido” Si la primera estrategia se vinculó históricamente a los métodos cuantitativos, la segunda terminó vinculándose a una metodología cualitativa, aunque sus derroteros separados deben explicarse históricamente y no lógicamente, porque como ha sido señalado por los defensores de la triangulación de métodos, no hay incompatibilidad lógica entre ambos procedimientos. Como dice Giddens, tanto unos métodos como los otros son indispensables para obtener “un ‘mapa’ que siga las formas de articulación institucional gracias a las cuales se coordinan contextos de interacción en el interior de sistemas sociales más amplios”²¹. Pero ni la más ambiciosa de las perspectivas actuales contiene la promesa de que la individualización aproximada de tales configuraciones permita algún día predecir el derrotero de los cambios.

La tarea podrá parecer ardua y humilde, pero no parece haber motivos para creer que pueda ser sustituida por una fórmula que mágicamente permita predecir a un investigador lo que hallará, efectuando rigurosas deducciones a partir de un cuerpo teórico. Ni mucho menos si con el mismo objetivo se convoca a un nuevo modelo naturalista que inspirado en la “teoría del caos”, espera poder aplicar automáticamente a los fenómenos de orden y desorden en la sociedad los hallazgos acerca del comportamiento de “estructuras disipativas” en el mundo natural. Aunque la analogía pueda tener alguna fecundidad, bien conducida, no parece haber sido asimilada con cautela por quienes están siempre a la espera de una fórmula que desentrañe la complejidad de lo social. Sin duda, la teoría social ha avanzado en la elaboración de una ontología más conforme a su objeto, lo cual, lejos de permitir la explicación en términos de un conjunto de leyes simples, ha abierto nuevas y difíciles preguntas. Ante esta situación, cabe recordar la moraleja de una historia evocada por Abraham Kaplan, quien habla de un borracho que, habiendo perdido la llave de su casa, la busca sin embargo con obstinación bajo la luz de un farol, ya que alega que allí se ve mejor²². Así, si los refinados instrumentos lógicos del modelo nomológico-deductivo (o, en su caso, hipotético-deductivo) parecen arrojar algo de luz, de poco nos servirá si la llave que buscamos se ha perdido donde esos instrumentos no alumbran. Con el agregado de que la historia de las ciencias de la sociedad y la cultura parece indicar que cuando se han decidido a otorgarle a algunos enunciados el status de leyes (aún cuando en la práctica sean tipos ideales, o regularidades empíricas) esto suele desembocar en un uso normativo, en una pretensión acerca de lo que la sociedad debería ser, colocado bajo el aparente amparo de la verdad científica.

²¹ Giddens, 1995: 357-

²² Comentado en Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 1975.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

Archer, Margaret: *Cultura y teoría social*. Nueva visión, Bs. As., 1997.

Bourdieu, Pierre; Chamboredon, Jean-Claude; Passeron, Jean-Claude: *El oficio del sociólogo*. Siglo XXI, Bs As, 1975.

Crespi, Franco: *Acontecimiento y estructura. Por una teoría del cambio social*. Nueva Visión, Bs. As, 1997.

Giddens, Anthony: *La constitución de la sociedad. Bases para una teoría de la estructuración*. Amorrortu, Bs as., 1995.

Maturana, Humberto: *La objetividad. Un argumento para obligar*. Dolmen, Santiago, 1997.

Maturana, Humberto. *Ontology of observing. The biological foundations of self consciousness and the physical domain of existence*. Conference Workbook. American Society for Cybernetics Conference, Felton, CA, oct. 1988 Disponible en Internet, www.inteco.cl/biology/ontology.

Maturana, Humberto; Mpodozis, Jorge; Letelier, Juan Carlos: *Brain, language and the origin of human mental functions*. Originalmente aparecido en *Biological Research*, 28, 15-26 (1995) Disponible en internet, www.cipres.cic.chile.cl/~jusaenz/BLOHMF, HTM

Popper, Karl: *La lógica de la investigación científica*, Tecnos, Madrid, 1982.

Prigogine, Ilya; Stengers, Isabelle: *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*. Alianza, Madrid, 1997.

Stuart Mill, John: *Système de logique déductive et inductive. Livre VI: De la logique des sciences morales*. Traducido al francés de la 6ta Ed. inglesa, 1865. Disponible en Internet, [www.uqac.quebec.ca/zone30/classiques des sciences sociales/index/html](http://www.uqac.quebec.ca/zone30/classiques%20des%20sciences%20sociales/index/html).

Weber, Max: “La objetividad del conocimiento en la ciencia y la política sociales”, en *Sobre la teoría de las ciencias sociales*, Planeta-Agostni, Barcelona, 1985.

Weber, Max: *Economía y Sociedad*. Fondo de Cultura Económica, Bogotá, 1977.

:

